

MEMORIA, OLVIDO, SILENCIO*

Michael Pollak

En su análisis de la memoria colectiva, Maurice Halbwachs enfatiza la fuerza de los diferentes puntos de referencia que estructuran nuestra memoria y la insertan en la memoria de la colectividad a la que pertenecemos.¹ Entre ellos se incluyen, evidentemente, los monumentos, esos lugares de la memoria analizados por Pierre Nora;² el patrimonio arquitectónico y su estilo, que nos acompañan durante toda nuestra vida; los paisajes; las fechas y personajes históricos, cuya importancia nos hace recordar incesantemente; las tradiciones y costumbres; ciertas reglas de interacción; el folclore y la música; y por qué no, las tradiciones culinarias. En la tradición metodológica durkheimiana, que consiste en tratar hechos sociales como cosas, se hace posible tomar estos diferentes puntos de referencia como indicadores empíricos de la memoria colectiva de un determinado grupo, una memoria estructurada con sus jerarquías y clasificaciones, una memoria que al definir aquello que es común a un grupo y lo que lo diferencia de los demás, fundamenta y refuerza los sentimientos de pertenencia y las fronteras socioculturales.

En el abordaje durkheimiano, el énfasis está puesto en la fuerza casi institucional de esa memoria colectiva, en la duración, en la continuidad y en la estabilidad. Así también, Halbwachs, lejos de ver en esa memoria colectiva una imposición, una forma específica de dominación o violencia simbólica,³ acentúa las funciones positivas desempeñadas por la memoria común, a saber, reforzar la cohesión social, no mediante la coerción sino mediante la adhesión afectiva al grupo; de allí el término que utiliza: “comunidad afectiva”.

En varios momentos, Maurice Halbwachs sugiere no sólo la selectividad de toda memoria sino también un proceso de “negociación” para conciliar memoria colectiva

* Texto publicado originalmente en portugués en la *Revista Estudos Históricos*. Rio de Janeiro, Vol. 2, N° 3. 1989. P. 3-15. Esta traducción es de uso interno de curso de pos grado en Antropología de la Memoria y la Identidad. Maestría en Historia y Memoria de la UNL. Traducción de Renata Oliveira.

¹ M. Halbwachs, *La mémoire collective*, Paris, PUF, 1968.

² P. Nora, *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1985.

³ Para el concepto de violencia simbólica, ver P. Bourdieu, *Le sens pratique*, Paris, Minuit, 1980, p. 224.

y memorias individuales: “Para que nuestra memoria se beneficie de la de los demás, no basta con que ellos nos aporten sus testimonios: es preciso también que ella no haya dejado de concordar con sus memorias y que haya suficientes puntos de contacto entre nuestra memoria y las demás para que el recuerdo que los otros nos traen pueda ser reconstruido sobre una base común”.⁴

Este reconocimiento del carácter potencialmente problemático de una memoria colectiva ya anuncia la inversión de perspectiva que marca los trabajos actuales sobre este fenómeno. Desde una perspectiva constructivista, ya no se trata de lidiar con los hechos sociales como cosas sino de analizar cómo los hechos sociales se hacen cosas, cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad. Aplicado a la memoria colectiva ese abordaje irá a interesarse, por lo tanto, por los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias. Al privilegiar el análisis de los excluidos, de los marginados y de las minorías, la historia oral resaltó la importancia de *memorias subterráneas* que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la “memoria oficial”, en este caso a la memoria nacional. En un primer momento, ese abordaje hace de la empatía con los grupos dominados estudiados una regla metodológica⁵ y rehabilita la periferia y la marginalidad. Al contrario de Maurice Halbwachs, ese abordaje acentúa el carácter destructor, uniformizante y opresor de la memoria colectiva nacional. Por otro lado, esas *memorias subterráneas* prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados.⁶ La memoria entra en disputa. Los objetos de investigación son elegidos, de preferencia, allí donde existe conflicto entre memorias en competencia.

La memoria en disputa

⁴ M. Halbwachs, op. cit., p. 12.

⁵ M. Pollak, “Pour un inventaire”, *Cahiers de l’IHTP*, N° 4 (Questions à l’histoire orale), Paris, 1987, p. 17.

⁶ G. Herberich-Marx, F. Raphael, “Les incorporés de force alsaciens. Déni, convocation et provocation de la mémoire”. *Vingtième Siècle*, 2, 1985, p. 83.

Esa predilección actual de los investigadores por los conflictos y disputas en detrimento de los factores de continuidad y estabilidad debe ser puesta en relación con las verdaderas batallas de la memoria a las que asistimos, y que asumieron gran amplitud en estos últimos quince años en Europa.

Tomemos, a título ilustrativo, el papel desempeñado por la reescritura de la historia en dos momentos fuertes de la desestalinización. El primero de ellos después del XX Congreso del PC de la Unión Soviética, cuando Nikita Krushev denunció por primera vez los crímenes estalinistas. Ese trastocamiento en la visión de la historia, indisolublemente ligado al de la vida política, se tradujo en la destrucción progresiva de los signos y símbolos que recordaban a Stalin en la Unión Soviética y en los países satélites y, finalmente, en la retirada de los despojos de Stalin del mausoleo de la Plaza Roja. Esa primera etapa de la desestalinización, discretamente conducida dentro del aparato, generó desbordes, efectos inesperados y manifestaciones (de los cuales la más importante fue la revuelta húngara) que se apropiaron de la destrucción de las estatuas de Stalin y la integraron en una estrategia de independencia y de autonomía.

Aunque hubiera maculado el mito histórico dominante de “Stalin, padre de los pobres”, esa primera desestalinización no logró imponerse realmente, y con el fin de la era de Krushev cesaron también las tentaciones de revisión de la memoria colectiva. Esa preocupación resurgió cerca de treinta años más tarde en el marco de la *glasnost* y la *perestroika*. Allí también el movimiento fue lanzado por la nueva dirección del partido, ligada a Gorbachov. Pero, al contrario de los años ‘50, esa nueva apertura generó luego un movimiento intelectual con la rehabilitación de algunos disidentes contemporáneos y, de manera póstuma, de dirigentes que en los años ‘30 y ‘40 habían sido víctimas del terror estalinista. Ese soplo de libertad de crítica despertó traumas profundamente anclados que cobraron forma en un movimiento popular que se organiza en torno al proyecto de construcción de un monumento a la memoria de las víctimas del estalinismo.⁷

Este fenómeno, aunque “objetivamente” pueda desempeñar el papel de un refuerzo a la corriente reformadora contra la ortodoxia que sigue ocupando importantes posiciones en el partido y en el estado, no puede ser reducido a este aspecto. Antes

⁷ H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe*, París, Fayard, 1988.

bien, consiste en la irrupción de resentimientos acumulados en el tiempo y de una memoria de la dominación y de sufrimientos que jamás pudieron expresarse públicamente. Esa memoria “prohibida” y, por lo tanto, “clandestina”, ocupa toda la escena cultural, el sector editorial, los medios de comunicación, el cine y la pintura, comprobando, si fuera necesario, el abismo que separa de hecho la sociedad civil y la ideología oficial de un partido y de un estado que pretende la dominación hegemónica. Una vez roto el tabú, una vez que las memorias subterráneas logran invadir el espacio público, reivindicaciones múltiples y difícilmente previsibles se acoplan a esa disputa de la memoria, en este caso, las reivindicaciones de las diferentes nacionalidades.

Este ejemplo muestra la necesidad, para los dirigentes, de asociar un profundo cambio político a una revisión (auto) crítica del pasado. Remite igualmente a los riesgos inherentes a esa revisión, en la medida en que los dominantes no pueden jamás controlar perfectamente hasta dónde llevarán las reivindicaciones que se forman al mismo tiempo en que caen los tabúes conservados por la memoria oficial anterior. Este ejemplo muestra también la supervivencia, durante décadas, de recuerdos traumáticos, recuerdos que aguardan el momento propicio para ser expresados. A pesar del gran adoctrinamiento ideológico, estos recuerdos durante tanto tiempo confinados al silencio y transmitidos de una generación a otra oralmente, y no a través de publicaciones, permanecen vivos. El largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. Al mismo tiempo, esta sociedad transmite cuidadosamente los recuerdos disidentes en las redes familiares y de amistad, esperando la hora de la verdad y de la redistribución de las cartas políticas e ideológicas.

Aunque la mayoría de las veces esté ligado a fenómenos de dominación, el clivaje entre memoria oficial y dominante y memorias subterráneas, así como la significación del silencio sobre el pasado, no remite forzosamente a la oposición entre estado dominador y sociedad civil. Encontramos con más frecuencia ese problema en las relaciones entre grupos minoritarios y sociedad englobante.

El ejemplo siguiente, completamente diferente, es el de los sobrevivientes de los campos de concentración que, después de su liberación, regresaron a Alemania o a Austria. Su silencio sobre el pasado está ligado, en primer lugar, a la necesidad de encontrar un *modus vivendi* con aquellos que, de cerca o de lejos, asistieron a su deportación -al menos bajo la forma de consentimiento tácito. No provocar sentimiento de culpa de la mayoría se vuelve, entonces, un reflejo de protección de la minoría judía. Con todo, esa actitud es aún reforzada por el sentimiento de culpa que las propias víctimas pueden tener, oculto, en el fondo de sí mismas. Es sabido que la administración nazi logró imponer a la comunidad judía una parte importante de la gestión administrativa de su política antisemita, como la preparación de las listas de los futuros deportados, e incluso la gestión de ciertos locales de tránsito o la organización del abastecimiento en los convoyes. Los representantes de la comunidad judía negociaron con las autoridades nazis, esperando primero poder alterar la política oficial, más tarde “limitar las pérdidas”, finalmente llegaron a una situación en la cual se desmoronó la esperanza de poder negociar un mejor trato para los últimos empleados de la comunidad. Esa situación, que se repitió en todas las ciudades en donde había comunidades judías importantes, ilustra particularmente bien el encogimiento progresivo de aquello que es negociable, y también la diferencia ínfima que a veces separa la defensa del grupo y su resistencia de la colaboración y el compromiso. ¿Sería entonces tan espantoso que un historiador del nazismo tan eminente como Walter Laqueur haya elegido el género de la novela para dar cuenta de esa situación inextricable?⁸

Frente a ese recuerdo traumático, el silencio parece imponerse a todos aquellos que quieren evitar culpar a las víctimas. Y algunas víctimas, que comparten ese mismo recuerdo “comprometedor”, prefieren, ellas también, guardar silencio. En lugar de arriesgarse a un malentendido sobre una cuestión tan grave, o de reforzar incluso la conciencia tranquila y la propensión al olvido de los verdugos, ¿no sería mejor abstenerse de hablar?

Pocos períodos históricos fueron tan estudiados como el nazismo, incluyendo su política antisemita y la exterminación de los judíos. Sin embargo, y a pesar de la

⁸ W. Laqueur, *Jahre auf Abruf*, Stuttgart, WDV, 1983.

abundante literatura y del lugar concedido a ese período en los medios de comunicación, continúa siendo con frecuencia tabú en las historias individuales en Alemania y en Austria, en las conversaciones familiares y, aun más, en las biografías de los personajes públicos.⁹ Así como las razones de tal silencio son comprensibles en el caso de los antiguos nazis o de los millones de simpatizantes del régimen, son difíciles de deslindar en el caso de las víctimas.

En ese caso, el silencio tiene razones bastante complejas. Para poder relatar sus sufrimientos, una persona precisa antes que nada encontrar una escucha. A su retorno, los deportados encontraron efectivamente esa escucha, pero rápidamente la inversión de todas las energías en la reconstrucción de la posguerra agotó la voluntad de oír el mensaje culpabilizante de los horrores de los campos. La deportación evoca necesariamente sentimientos ambivalentes, e incluso de culpa, y eso también en los países vencedores donde, como en Francia, la indiferencia y la colaboración marcaron la vida cotidiana al menos tanto como la resistencia. ¿No vemos, desde 1945, desaparecer de las conmemoraciones oficiales los antiguos deportados de ropa rayada, que despiertan también el sentimiento de culpa y que, a excepción de los deportados políticos, se integran mal en un desfile de ex combatientes? “1945 organiza el olvido de la deportación, los deportados llegan cuando las ideologías ya están dispuestas, cuando la batalla por la memoria ya comenzó y la escena política ya está saturada: están de más”¹⁰. A esas razones políticas del silencio se agregan aquellas, personales, que consisten en querer evitar a los hijos crecer en el recuerdo de las heridas de los padres. Cuarenta años después convergen razones políticas y familiares para romper ese silencio: en el momento en que los testigos oculares saben que van a desaparecer en breve, quieren inscribir sus recuerdos contra el olvido. Y sus hijos, también, quieren saber; de allí la proliferación actual de testimonios y de publicaciones de jóvenes intelectuales judíos que hacen “de la investigación de sus orígenes el origen de su investigación”.¹¹ Durante ese intermedio, fueron las

⁹ Entre todos los ejemplos de este fenómeno de olvidos sucesivos y de reescrituras de la historia biográfica, uno de los últimos, el del presidente austríaco Kurt Waldheim, es especialmente expresivo.

¹⁰ G. Namer, *La commémoration en France, 1944-1982*, París, Papyrus, 1983, p. 157 sq. ; M. Pollak y N. Heinich, “Le témoignage”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63, 1986, p. 3 sq.

¹¹ N. Lapierre, *Le silence de la mémoire. À la recherche des Juifs de Ploetz*, París, Plon, 1989, p. 28.

asociaciones de deportados quienes, mal o bien, conservaron y transmitieron esa memoria.

Un último ejemplo muestra hasta qué punto una situación ambigua y pasible de generar malentendidos puede también llevar al silencio, antes de producir el resentimiento que está en el origen de las reivindicaciones y contestaciones inesperadas. Se trata de los alsacianos reclutados a la fuerza, estudiados por Freddy Raphael.¹² Después del fracaso de una política de reclutamiento voluntario en la Alsacia anexada puesta en marcha por el ejército alemán a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, el reclutamiento forzoso fue decidido por los decretos del 25 y el 29 de agosto de 1942. De octubre de 1942 a noviembre de 1944, 130.000 alsacianos y lorenos fueron incorporados a diferentes formaciones del ejército alemán. Ocurrieron actos de revuelta, de resistencia y desobediencia, así como un número significativo de desertiones. A pesar de estos indicios del carácter coercitivo de esa participación en la guerra al lado de los nazis, se presentó la cuestión, después de la guerra, del grado de colaboración y comprometimiento de esos hombres. Hechos prisioneros de guerra en el *front oriental* por el Ejército Rojo, muchos de ellos murieron o regresaron solamente a mediados de los años '50. Se trata, por definición, de una experiencia difícilmente decible en el contexto del mito de una nación de resistentes,* tan rico de sentido durante las primeras décadas de la posguerra.

A partir de allí, Freddy Raphael distingue tres grandes etapas: a la *memoria avergonzada* de una generación perdida siguió la de las asociaciones de desertores, evadidos y reclutados a la fuerza que luchan por el reconocimiento de una situación valorizadora de las víctimas y de los “*Malgré nous*”, subrayando su actitud de rechazo y resistencia pasiva. Pero hoy esa memoria canalizada y esterilizada se subleva y se afirma a partir de un sentimiento de absurdo y de abandono. Se considera mal comprendida y vilipendiada y se compromete en un combate contestatario y militante.¹³ La memoria subterránea de los alsacianos forzosamente reclutados toma la delantera y se erige contra aquellos que intentaron forjar un mito, a

¹² G. Herberich-Marx, F. Raphael, op. cit.

* Pollak utiliza el término “résistants”, que en francés hace alusión a los miembros de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial (n. del t.).

¹³ Ibidem, p. 83 y 93.

fin de eliminar el estigma de la vergüenza: “La organización de los recuerdos se articula igualmente con la voluntad de denunciar a aquellos a quienes se atribuye la mayor responsabilidad por las afrentas sufridas... Parece, sin embargo, que la culpabilidad alemana como factor de reorganización de los recuerdos interviene relativamente poco; en todo caso, su incidencia es significativamente reducida en comparación con la denuncia de la barbarie rusa, así como de la cobardía y de la indiferencia francesas”.¹⁴ En el momento del retorno de lo reprimido, no es el autor del “crimen” (Alemania) quien ocupa el primer lugar entre los acusados sino aquellos que, al forjar una memoria oficial, condujeron a las víctimas de la historia al silencio y a la renegación de sí mismas.

Ese mecanismo es común a muchas poblaciones fronterizas de Europa que, en lugar de poder actuar sobre su historia, frecuentemente se sometieron a ella de buen o mal grado: “Mi abuelo francés fue hecho prisionero por los prusianos en 1870, mi papá alemán fue hecho prisionero por los franceses en 1918; yo, francés, fui hecho prisionero por los alemanes en junio de 1940 y, después, reclutado a la fuerza por la Wehrmacht en 1943, fui hecho prisionero por los rusos en 1945. Vea usted que nosotros tenemos un sentido de la historia muy particular. Estamos siempre del lado equivocado de la historia, sistemáticamente: siempre acabamos las guerras con el uniforme de prisionero, nuestro único uniforme permanente”.¹⁵

La función de lo “no-dicho”

A primera vista, los tres ejemplos arriba expuestos no tienen nada en común: la irrupción de una memoria subterránea favorecida, cuando no suscitada, por una política de reformas que pone en crisis el aparato del partido y del estado; el silencio de los deportados, víctimas por excelencia, excluidos de sus redes de sociabilidad, mostrando las dificultades de integrar sus recuerdos en la memoria colectiva de la

¹⁴ Ibidem, p. 94.

¹⁵ Memorias de un minero loreno recopiladas por Jean Hurtel, citadas en G. Herberich-Marx, F. Raphael, op. cit.

nación; los alsacianos forzosamente reclutados, remitiendo al rechazo de la figura del “mal querido” y del “incomprendido”, que apunta a superar su sentimiento de exclusión y restablecer lo que considera ser la verdad y la justicia.

Pero estos ejemplos tienen en común el hecho de atestiguar la vivacidad de los recuerdos individuales y grupales durante decenas de años, e incluso siglos.¹⁶ Oponiéndose a la más legítima de las memorias colectivas, la memoria nacional, esos recuerdos son transmitidos en el marco familiar, en asociaciones, en redes de sociabilidad afectiva y/o política. Estos recuerdos prohibidos (el caso de los crímenes estalinistas), indecibles (el caso de los deportados) o vergonzosos (el de los reclutados a la fuerza), son celosamente guardados en estructuras de comunicación informales y pasan desapercibidos por la sociedad en general. Por consiguiente, hay en los recuerdos de unos y otros zonas de sombra, silencios, “no-dichos”. Evidentemente, las fronteras entre esos silencios y “no-dichos” y el olvido definitivo y lo reprimido inconsciente no son estancas; están en perpetuo dislocamiento.¹⁷ Esa tipología de discursos, silencios, y también alusiones y metáforas, es moldeada por la angustia de no encontrar una escucha, de ser castigado por aquello que se dice, o, al menos, de exponerse a malentendidos. En el plano colectivo, esos procesos no son tan diferentes de los mecanismos psíquicos resaltados por Claude Olievenstein: “El lenguaje es apenas el vigía de la angustia... Pero el lenguaje se condena a ser impotente porque organiza el distanciamiento de aquello que no puede ser puesto a la distancia. Es allí que interviene, con todo el poder, el discurso interior, el compromiso de lo no-dicho, entre aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior”.¹⁸

La frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, separa, en nuestros ejemplos, una memoria colectiva subterránea de la sociedad civil dominada o de grupos específicos, de una memoria colectiva organizada que resume la imagen que una sociedad mayoritaria o el estado desean transmitir e imponer.

Distinguir entre coyunturas favorables o desfavorables a las memorias marginadas es de entrada reconocer hasta qué punto el presente tiñe el pasado. Según las

¹⁶ Ver Ph. Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París, Hachette, 1983.

¹⁷ C. Olievenstein, *Les non-dits de l'émotion*, París, Odile Jacob, 1988.

¹⁸ *Ibidem*, p. 57.

circunstancias, se da la emergencia de ciertos recuerdos, y el énfasis es puesto sobre uno u otro aspecto. Sobre todo, el recuerdo de guerras o de grandes convulsiones internas remite siempre al presente, deformando y reinterpretando el pasado. Así también, hay una permanente interacción entre lo vivido y lo aprendido, lo vivido y lo transmitido. Y esas constataciones se aplican a toda forma de memoria, individual y colectiva, familiar, nacional y de pequeños grupos.¹⁹ El problema que se plantea a largo plazo para las *memorias clandestinas e inaudibles* es el de su transmisión intacta hasta el día en que puedan aprovechar una ocasión para invadir el espacio público y pasar de lo “no-dicho” a la contestación y la reivindicación. El problema de toda memoria oficial es el de su credibilidad, de su aceptación y también el de su organización. Para que emerja en los discursos políticos un fondo común de referencias que puedan constituir una memoria nacional, un intenso trabajo de organización es indispensable para superar el simple “montaje” ideológico, por definición precario y frágil.

El encuadramiento de la memoria

Estudiar las memorias colectivas fuertemente constituidas, como la memoria nacional, implica preliminarmente el análisis de su función. La memoria, esa operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar, se integra en tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades de distintos tamaños: partidos, sindicatos, iglesias, aldeas, regiones, clanes, familias, naciones, etc. La referencia al pasado sirve para mantener la cohesión de los grupos y las instituciones que componen una sociedad, para definir su lugar respectivo, su complementariedad, pero también las oposiciones irreductibles.

Mantener la cohesión interna y defender las fronteras de aquello que un grupo tiene en común, en lo cual se incluye el territorio (en el caso de estados); he aquí las dos funciones esenciales de la memoria común. Eso significa proporcionar un marco de referencias y de puntos de referencia. Es, por lo tanto, absolutamente adecuado

¹⁹ D. Veillon, “La Seconde Guerre Mondiale à travers les sources orales”, Cahiers de l’IHTP n. 4 (Questions à

hablar, como hace Henri Rousso, de memoria encuadrada, un término más específico que memoria colectiva.²⁰ Quien dice “encuadrada” dice “trabajo de encuadramiento”.²¹ Todo trabajo de encuadramiento de una memoria de grupo tiene límites, ya que no puede ser construida arbitrariamente. Ese trabajo debe satisfacer ciertas exigencias de justificación.²² Rechazar tomar en serio el imperativo de justificación sobre el cual reposa la posibilidad de coordinación de las conductas humanas significa admitir el reino de la injusticia y de la violencia. A la luz de todo lo que fue dicho antes sobre las memorias subterráneas, se puede plantear la cuestión de las condiciones de posibilidad y de duración de una memoria impuesta sin la preocupación por ese imperativo de justificación. En ese caso, ese imperativo puede imponerse después de postergaciones más o menos largas. Aunque casi siempre crean que “el tiempo trabaja a su favor” y que “el olvido y el perdón se instalan con el tiempo”, los dominantes frecuentemente son llevados a reconocer, demasiado tarde y con pesar, que el intervalo puede contribuir a reforzar la amargura, el resentimiento y el odio de los dominados, que se expresan entonces con los gritos de la contraviolencia.

El trabajo de encuadramiento de la memoria se alimenta del material provisto por la historia. Ese material puede sin duda ser interpretado y combinado con un sinnúmero de referencias asociadas; guiado no solamente por la preocupación de mantener las fronteras sociales, sino también de modificarlas, ese trabajo reinterpreta incesantemente el pasado en función de los combates del presente y del futuro. Pero, así como la exigencia de justificación antes discutida limita la falsificación pura y simple del pasado en su reconstrucción política, el trabajo permanente de reinterpretación del pasado es contenido por una exigencia de credibilidad que depende de la coherencia de los discursos sucesivos. Toda organización política -por ejemplo sindicato, partido, etc.-, vehiculiza su propio pasado y la imagen que forjó para sí misma. No puede cambiar de dirección ni de imagen abruptamente a no ser bajo el riesgo de tensiones difíciles de dominar, de escisiones, e incluso de su propia

l'histoire orale), 1987, p. 53 sq.

²⁰ H. Rousso, “Vichy, le grand fossé”, *Vingtème siècle*, 5, 1985, p. 73.

²¹ El trabajo político es, sin duda, la expresión más visible de ese trabajo de encuadramiento de la memoria: P. Bourdieu, “La représentation politique”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 36/37, 1981, p. 3 sq.

²² L. Boltanski, *Les économies de la grandeur*, Paris, PUF, 1987, p. 14 sq.

desaparición si los adherentes ya no pudieran reconocerse en la nueva imagen, en las nuevas interpretaciones de su pasado individual y en el de su organización. Lo que está en juego en la memoria es también el sentido de la identidad individual y del grupo. Tenemos ejemplo de esto en los congresos de partidos políticos en los que se dan reorientaciones que producen escisiones, y también en una vuelta reflexiva sobre el pasado nacional,²³ como el paso, en Francia, de una memoria idealizada, que exagera el papel de la Resistencia, a una visión más realista que reconoce la importancia de la colaboración.²⁴

Ese trabajo de encuadramiento de la memoria tiene sus actores profesionalizados, profesionales de la historia de las diferentes organizaciones de las que son miembros, clubes, **células de reflexión**. Ese papel existe también, aunque en forma menos claramente definida, en las asociaciones de deportados o de ex-combatientes. Esto se puede percibir cuando se aborda, en el contexto de una investigación de historia oral, a los responsables de tales asociaciones. En mi investigación sobre las sobrevivientes del campo de Auschwitz-Birkenau, una de las responsables de la asociación me dijo, antes de ponerme en contacto con algunas de sus compañeras: “Usted debe comprender que nosotras nos consideramos un poco como las guardianas de la verdad.” Ese trabajo de control de la imagen de la asociación implica una oposición fuerte entre lo “subjetivo” y lo “objetivo”, entre la reconstrucción de hechos y las reacciones y sentimientos personales. La elección de los testimonios hecha por las responsables de la asociación es percibida como muy importante, dado que la inevitable diversidad de los testimonios corre siempre el riesgo ser percibida como prueba de la inautenticidad de todos los hechos relatados. Dentro de la preocupación por la imagen que la asociación transmite de sí misma y de la historia que es su razón de ser, o sea, la memoria de sus deportados, es preciso por lo tanto escoger testimonios sobrios y confiables a los ojos de los dirigentes, y evitar que “mitómanos, que nosotros también tenemos” tomen públicamente la palabra.²⁵

²³ D. Veillon, op. cit.

²⁴ H. Rousso, *Le syndrome de Vichy*, París, Le Seuil, 1987.

²⁵ M. Pollak y N. Heinich, “Le témoignage”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63, 1986, p. 13.

Si el control de la memoria se extiende aquí a la elección de testigos autorizados, en las organizaciones más formales se realiza mediante el acceso de los investigadores a los archivos y por el empleo de “historiadores de la casa”.

Además de una producción de discursos organizados en torno a acontecimientos y a grandes personajes, los rastros de ese trabajo de encuadramiento son los objetos materiales: monumentos, museos, bibliotecas, etc.²⁶ La memoria es así guardada y solidificada en las piedras: las pirámides, los vestigios arqueológicos, las catedrales medievales, los grandes teatros, las óperas de la época burguesa del siglo XIX y, actualmente, los edificios de los grandes bancos. Cuando vemos esos puntos de referencia de una época lejana, frecuentemente los integramos en nuestros propios sentimientos de filiación y origen, de modo que ciertos elementos son integrados en un fondo cultural común a toda la humanidad. En ese sentido, ¿no podemos todos decir que descendemos de los griegos, de los romanos, de los egipcios, en suma, de todas las culturas que aunque desaparecidas están de todas formas a disposición de todos nosotros? Por otra parte, esto no impide que aquellos que viven en los lugares donde se hallan aquellas herencias extraigan de ello un orgullo especial.

En los recuerdos más cercanos y personales, los puntos de referencia generalmente presentados en las discusiones son, como mostró Dominique Veillon, de orden sensorial: el ruido, los olores, los colores. En relación al desembarco en Normandía y a la liberación de Francia, los habitantes de Caen y de Saint-Lô situados en el centro de las batallas, no atribuyen un lugar central en sus recuerdos a la fecha del acontecimiento, recordada en innumerables publicaciones y conmemoraciones -el 6 de junio de 1944-, y sí a los ronquidos de los aviones, explosiones, ruidos de vidrios rotos, gritos de terror, llanto de niños. O también con los olores: de los explosivos, de azufre, de fósforo, de polvo o a quemado.²⁷ Aunque sea técnicamente difícil o imposible captar todos esos recuerdos en objetos de memoria confeccionados hoy, el cine es el mejor soporte para hacerlo: de allí su papel creciente en la formación y reorganización, y por lo tanto en el encuadramiento, de la memoria. El cine se dirige

²⁶ G. Namer, *Mémoire et société*, París, Méridiens/Klincksiek, 1987, analiza esa función aplicada a las bibliotecas, y F. Raphael y G. Herberich-Marx analizan los museos en esa misma perspectiva: “Le musée, provocation de la mémoire”, *Ethnologie française*, 17, 1, 1987, p. 87 sq.

²⁷ D. Veillon, op. cit.

no sólo a las capacidades cognitivas, sino que capta las emociones. Basta con pensar en el impacto de la película *Holocausto*, que, a pesar de todos sus defectos, permitió captar la atención y las emociones, suscitar cuestiones y de esa forma forzar una mejor comprensión de ese acontecimiento trágico en programas de enseñanza e investigación e, indirectamente, en la memoria colectiva. La obra monumental de Lanzmann, *Shoah*, bajo todos los aspectos fuera de comparación con aquella película masiva *Holocausto*, quiere impedir el olvido por el testimonio de lo insostenible.

El film testimonial y documental se volvió un poderoso instrumento para las redistribuciones sucesivas de la memoria colectiva y, a través de la televisión, de la memoria nacional. Así, las películas *Le chagrin et la pitié*, y después *Français si vous sachiez*, desempeñaron un papel clave en el cambio de apreciación del período de Vichy por parte de la opinión pública francesa, de allí las controversias que esas películas suscitaron y su prohibición en la televisión durante largos años.²⁸

Resulta evidente que las memorias colectivas impuestas y defendidas por un trabajo especializado de encuadramiento, sin ser el único factor aglutinador, son, ciertamente, un ingrediente importante para la perennidad del tejido social y de las estructuras institucionales de una sociedad. Así, el denominador común de todas esas memorias y también las tensiones entre ellas intervienen en la definición del consenso social y de los conflictos en un determinado momento coyuntural. Pero ningún grupo social, ninguna institución, por más estables y sólidos que puedan parecer, tienen su perennidad asegurada. Su memoria, con todo, puede sobrevivir a su desaparición, asumiendo en general la forma de un mito que, por no poder anclarse en la realidad política del momento, se alimenta de referencias culturales, literarias o religiosas. El pasado lejano puede entonces volverse promesa de futuro y, a veces, desafío lanzado al orden establecido.

Se observó la existencia en una sociedad de memorias colectivas tan numerosas cuanto lo son las unidades que componen la sociedad. Cuando ellas se integran bien en la memoria nacional dominante, su coexistencia no plantea problemas, al contrario de las memorias subterráneas discutidas anteriormente. Fuera de los momentos de crisis, estas últimas son difíciles de localizar, y exigen que se recurra al instrumento

²⁸ El análisis de esos ejemplos se encuentra en H. Rousso, op. cit.

de la historia oral. Individuos y ciertos grupos pueden insistir en venerar justamente aquello que los encuadradores de una memoria colectiva en un nivel más global se esfuerzan por minimizar o eliminar. Si el análisis del trabajo de encuadramiento, de sus agentes y sus rasgos materiales es una clave para estudiar, desde arriba hacia abajo, cómo las memorias son construidas, deconstruidas y reconstruidas, el procedimiento inverso, aquel que, con los instrumentos de la historia oral, parte de las memorias individuales, pone en evidencia los límites de ese trabajo de encuadramiento y, al mismo tiempo, revela un trabajo psicológico del individuo que tiende a controlar las heridas, las tensiones y contradicciones entre la imagen oficial del pasado y sus recuerdos personales.

El mal del pasado

Tales dificultades y contradicciones son particularmente marcadas en países que atravesaron guerras civiles en un pasado cercano, como España, Austria o Grecia. Otro ejemplo muy ilustrativo lo constituyen, en Alemania, las discusiones acerca del fin de la Segunda Guerra Mundial. ¿Fue una liberación o una guerra perdida? ¿O ambas cosas a la vez? ¿Cómo organizar la conmemoración de un acontecimiento que provoca tantos sentimientos ambivalentes, atravesando no sólo todas las organizaciones políticas, sino muchas veces a un mismo individuo?

Del lado opuesto, la voluntad de olvidar los traumas del pasado frecuentemente surge en respuesta a la conmemoración de acontecimientos lacerantes. Un análisis del contenido de cerca de cuarenta relatos autobiográficos de mujeres sobrevivientes del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, publicados en francés, inglés y alemán, y completados por entrevistas, revela en muchos casos el deseo simultáneo, al regreso del campo, de testimoniar y olvidar para poder retomar una vida “normal”.²⁹ Muchas veces, también, el silencio de las víctimas oficialmente internadas en los campos por motivos no “políticos” refleja una necesidad de hacer un buen papel frente a las representaciones dominantes que valoran a las víctimas de la persecución política más que a las otras. Así, el hecho de haber sido condenada por

²⁹ M. Pollack y N. Heinich, op. cit.

“vergüenza racial”, delito que, según la legislación de 1935, prohibía las relaciones sexuales entre “arios” y “judíos”, constituyó uno de los mayores obstáculos que una de las mujeres entrevistadas sentía al hablar de sí misma.³⁰ Una investigación de historia oral hecha en Alemania junto a los sobrevivientes homosexuales de los campos comprueba trágicamente el silencio colectivo de aquellos que, después de la guerra, muchas veces temieron que la revelación de las razones de su internación pudieran provocar denuncias, pérdida de empleo o revocación de un contrato de locación.³¹ Se comprende por qué ciertas víctimas de la máquina de represión del Estado-SS –los criminales, las prostitutas, los “asociales”, los vagabundos, los gitanos y los homosexuales- hayan sido concienzudamente evitadas en la mayoría de las “memorias encuadradas” y no hayan prácticamente tenido voz en la historiografía. Debido a que la represión de la cual son objeto es aceptada hace mucho tiempo, la historia oficial evitó también durante mucho tiempo someter la intensificación asesina de su represión bajo el nazismo a un análisis científico.

Así como una “memoria encuadrada”, una historia de vida recopilada por medio de la entrevista oral, ese resumen condensado de una historia social individual, es también susceptible de ser presentada de innumerables maneras en función del contexto en el cual es relatada. Pero al igual que en el caso de una memoria colectiva, esas variaciones de una historia de vida son limitadas. Tanto a nivel individual como a nivel del grupo, todo sucede como si coherencia y continuidad fueran comúnmente admitidas como las señales distintivas de una memoria creíble y de un sentido de identidad asegurados.³²

En todas las entrevistas sucesivas –en el caso de historias de vidas de larga duración– en que la misma persona vuelve varias veces a un número restringido de acontecimientos (sea por su propia iniciativa, sea provocada por el entrevistador), ese fenómeno puede ser constatado hasta en la entonación. A despecho de variaciones importantes, se encuentra un núcleo resistente, un hilo conductor, una especie de *leitmotiv* en cada historia de vida. Esas características de todas las historias de vida

³⁰ G. Botz, M. Pollak, “Survivre dans un camp de concentration”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 41, 1982, p. 3 sq.

³¹ R. Lautmann, *Der Zwang sur Tugend*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984, p. 156 sq.

³² M. Pollak, “Encadrement et silence: le travail de la mémoire”, *Pénélope*, 12, 1985, p. 35.

sugieren que estas últimas deben ser consideradas como instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales. Por definición reconstrucción *a posteriori*, la historia de vida ordena acontecimientos que bautizaron una existencia. Además, al contar nuestra vida, en general intentamos establecer cierta coherencia por medio de lazos lógicos entre acontecimientos-clave (que aparecen entonces de una forma cada vez más solidificada y estereotipada), y de una continuidad, resultante de la ordenación cronológica. A través de ese trabajo de reconstrucción de sí mismo el individuo tiende a definir su lugar social y sus relaciones con los demás.

Se puede imaginar, para aquellos y aquellas cuya vida fue marcada por múltiples rupturas y traumas, la dificultad planteada por ese trabajo de construcción de una coherencia y de una continuidad de su propia historia. Así como las memorias colectivas y el orden social que ellas contribuyen a constituir, la memoria individual resulta de la gestión de un equilibrio precario, de un sinnúmero de contradicciones y tensiones. Encontramos rasgos de esto en nuestra investigación sobre las mujeres sobrevivientes del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, **sobre todo entre aquellas para las cuales la inexistencia de un compromiso político imposibilitó conferir un sentido más general al sufrimiento individual**. De este modo, las dificultades y bloqueos que eventualmente surgieron a lo largo de una entrevista sólo raramente resultaban de vacíos en la memoria o de olvidos, sino de una reflexión sobre la utilidad misma de hablar y transmitir su pasado. En la ausencia de toda posibilidad de hacerse comprender, el silencio sobre sí mismo –diferente del olvido– puede incluso ser una condición necesaria (presumida o real) para el mantenimiento de la comunicación con el medio ambiente, como en el caso de una sobreviviente judía que eligió permanecer en Alemania.

Una entrevista realizada con una deportada residente en Berlín mostró que un pasado que permanece mudo es muchas veces menos el producto del olvido que de un trabajo de gestión de la memoria según las posibilidades de la comunicación. Durante toda la entrevista, el significado de las palabras “alemana” y “judía” se alteró en función de las situaciones que aparecían en el relato. Al utilizar estos términos, esa mujer por momentos se integraba, por momentos se excluía del grupo y de las

características por ellos designados. De la misma forma, el desarrollo de esa entrevista reveló que ella había organizado toda su vida social no en torno a la posibilidad de poder hablar de su experiencia en el campo, sino de una manera capaz de proporcionarle un sentimiento de seguridad, o sea, de ser comprendida sin tener que hablar sobre eso.³³ Ese ejemplo sugiere que aun a nivel individual el trabajo de la memoria es indisoluble de la organización social de la vida. Para ciertas víctimas de una forma límite de la clasificación social, aquella que quiso reducir las a la condición de “subhombres”, el silencio, además de acomodación al medio social, podría representar también un rechazo a dejar que la experiencia del campo, una situación límite de la experiencia humana, fuera integrada en una forma cualquiera de “memoria encuadrada” que, por principio, no escapa al trabajo de definición de fronteras sociales. Es como si ese sufrimiento extremo exigiera un anclaje en una memoria muy general, la de la humanidad, una memoria que no dispone ni de portavoz ni de personal de encuadramiento adecuado.

³³ M. Pollak, “La gestion de l’indicible”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63. 1986, p. 30 sq.